

DAVID ANISI

# Mandarines y puentes

**N**UNCA he estudiado a Plutarco. Lo que si hago a menudo es leer novelas policíacas y así me enteré (P.D. James: *Muerte de un forense*. Versal, 1988, pág. 221), de lo que alguna vez éste escribió:

"Los muchachos apedrean a las ranas por diversión. Pero las ranas no mueren por diversión, mueren de veras."

Algunos toman decisiones que afectan a la vida de muchos otros; pero las vidas de muchos otros no afectan en nada a las decisiones que algunos toman.

En nuestra economía occidental y desarrollada coexisten mercado y mandato. Pero, dado que la pretendida ciencia económica oficial poco sabe del mandato y mucho dice conocer del mercado; dado que resulta más sencillo estudiar y explicar las trivialidades de la formación de los precios que la lógica profunda del poder, y dado que, por último, puede resultar sumamente conveniente achacar a las fuerzas incontrolables del mercado los resultados indeseables que se derivan de ciertos designios, el mercado se ha convertido en la tontuna hegemónica que todo lo explica, todo lo causa, todo lo dirige.

La "mano invisible" de nuestro maravillado Adam Smith ha llegado a ser el velo, publicitario y propagandístico, tras el que se ocultan tantas -y tan pocas, a fin de cuentas- manos visibles que juegan con el mundo, llenan de basura la cabeza de las gentes, provocan desempleo, construyen las crisis, enfrían la economía o la relanzan... luchan por el poder, lo ejercen, compiten, disfrutan, se divierten. Pero las ranas no mueren por diversión, mueren de veras.

## El sueño del mandarín

Hubo una vez un mandarín que era casi feliz. Las cuentas de su administración estaban en orden, gozaba de la confianza imperial, su corte era homologable con las más próximas, los negocios marchaban, e incluso poseía cierta autonomía para transformar levemente la cuota parte del pequeño mundo que le había tocado en suerte.

Aquella noche el mandarín soñaba despierto mientras repasaba rutinariamente las páginas de la memoria anual. Todo estaba en su sitio: número y rango, sueldo y posesiones de los funcionarios civiles y militares asignados, cifras de producción interna y comercio, tipos medios aplicados por prestamistas y usureros, dietas de mantenimiento de sabios, tontos útiles, astrólogos, magos, payasos y bufones... y como todos los años, tras la relación completa de las cantidades existentes de conejos, perros, pollos y cerdos, el documento contaba la existencia de trescientos miserables. En ningún momento tuvo conciencia de éstos cuando, aspirando satisfecho los perfumes de la noche, decidió construir un puente.

Dado que todos los que contaban estaban oficialmente haciendo algo, y que sus respectivas dignidades hubieran quedado muy resentidas si se les hubiera puesto a trabajar con las manos, para ahorrarse quebraderos de cabeza decidió utilizar a los miserables para construir el puente.

Los cálculos fueron sencillos. Un miserable se conformaba con una escudilla de arroz diaria a



cambio de su trabajo, para construir el puente eran necesarios cien operarios, y cada individuo que trabajara en los campos de arroz podía obtener tres escudillas diarias. Así, cincuenta miserables trabajando en la agricultura conseguirían ciento cincuenta escudillas diarias que servirían para alimentarse ellos mismos y mandarían las cien restantes a los que construían el puente. De esta forma se hizo.

El mandarín cedió unos campos de cultivo y ese año, aparte de construirse el puente deseado, ciento cincuenta miserables saborearon las delicias del arroz mientras que los ciento cincuenta restantes siguieron, mal que bien, buscándose la vida.

## Un conjuro mágico

Tan bien salió todo aquel arreglo que al año siguiente el mandarín decidió construir otro puente.

A su vez, un cortesano que vivía de su autoproclamado profundo conocimiento de la ciencia económica (el mandarín no sabía nunca donde incluirlo en la memoria anual, si entre los bufones, los payasos, o los tontos útiles) había explicado aquello de que la forma de crear más empleo era reduciendo el salario y que, si el mandarín había dado trabajo a ciento cincuenta a cambio de una escudilla diaria, si se pidiera menos habría trabajo para más. Convencidos de ello y por aquello de la solidaridad decidieron reducir su salario a media escudilla diaria.

De acuerdo con eso aquel año sólo fueron necesarios veinte miserables en la recogida del arroz,

que proporcionaron las sesenta escudillas diarias necesarias para alimentarse ellos mismos y a los otros cien que construían el puente. El economista musitó tres veces el conjuro "expectativas racionales" y siguió pacíficamente pensando tonterías y sandeces, pero ese año treinta de los que habían trabajado el pasado volvieron a tener que buscarse la vida.

## Más arroz para los miserables

El siguiente año el mandarín decidió construir el tercer puente. Los miserables pensaron que si tan malos resultados había dado la reducción de su salario, quizá los dioses de la contradicción actuarían a su favor al exigir su aumento. Y dijeron que sólo estaban dispuestos a trabajar a cambio de dos escudillas diarias. Bajo esas condiciones se construyó el tercer puente. Doscientos miserables produjeron seiscientos escudillas diarias de arroz que sirvieron para alimentarse sobradamente a ellos y a los cien que levantaban el puente. Ese año todos trabajaron y comieron legalmente.

Nuestro buen mandarín decidió construir el cuarto año un nuevo puente. Los miserables, a la vista del éxito precedente, decidieron seguir por la misma senda y pedir ahora tres escudillas diarias. Y como con esos requerimientos lo que producirían los encargados del cultivo del arroz sólo daría para alimentarse ellos mismos, ese año no se construyó ningún puente y los trescientos miserables volvieron a su condición original.

El quinto año el mandarín, que seguía con su manía de edifi-

car puentes y harto de los problemas que comenzaban a presentarse los miserables, decidió utilizar una técnica de construcción que no los hiciera tan necesarios: si antes usaba a cien, ahora sólo tendría que trabajar cincuenta. Ellos, a su vez, asustados por el desastre del pasado año decidieron volver a aquel salario, casi histórico, de la escudilla diaria. Aquel puente sólo dio empleo a setenta y cinco: veinticinco en el cultivo del arroz y cincuenta en la construcción. Pero algo era.

El sexto año el mandarín se encontró con la sorpresa de que los miserables le ofrecían un regalo: un bonito puente artesanal. Así, sin modificar los salarios, es decir, por una escudilla diaria, volvieron a trabajar los trescientos: cien en la recolección del arroz y los otros doscientos en la construcción de un puente cuidado y hermoso.

Al año siguiente le vinieron con la misma propuesta. Pero los miró en silencio y empezaron a temblar. Le sugirieron los puentes de siempre a dos escudillas, a una y media. Lo siguió pensando y volvieron a estremercarse. Al final le suplicaron que al menos, y por media escudilla, construyera el puente tecnológico de alta velocidad. Pero el mandarín ya no les prestaba atención. Algo le decía por dentro que los grandes descansan el séptimo. Y el séptimo año descansó. Otra vez todos los miserables volvieron a su miseria.

## El velo del dinero

El poder no es algo sutil. Incluso es susceptible de ser fácilmente cuantificado. Bastaría, por ejemplo, con calcular las ho-

ras de tiempo de los demás destinadas a satisfacer los deseos de alguien concreto. No es lo mismo, en horas de tiempo, lo que se moviliza cuando deseas una pluma, una cerveza, una alfombra, langosta para la cena, playas de Caribe, un dúplex o un yate, que cuando alguien decide trazar el transiberiano, levantar la muralla china, construir una planta petroquímica o dotar de una red informática a un sexto de nuestro planeta.

Poco importa que para llevar a cabo esos deseos se utilicen las grandes cámaras parlamentarias, el boletín oficial del estado, los acuerdos de caballeros entre las gigantes transnacionales, el dinero interno de las corporaciones solidamente establecidas, los sellos del Gran Khan, o los papeles sucios y el metal redondo de nuestras monedas corrientes. El velo monetario no debe confundirnos. El uso del dinero no significa mercado, ya que el mandato suele estar también hábilmente monetizado. Lo importante es que hay -como decían aquellos personajes de E. Kazan- dinero grande y dinero pequeño: la lógica del poder y la lógica de la miseria.

Los deseos de los poderosos transforman el mundo, trazan las vallas y deciden las reglas de las ferias medievales donde se juega al mercado porque ellos lo toleran y así les place. Y los miserables, tal es su miseria, sólo discuten amedrentados las condiciones de trabajo, pérdidas entre el deseo de vivir algo mejor y el miedo -más que justificado- de que de repente alguien decida que no se construyen más puentes.

Los que controlan la inversión y el gasto, desde sus satisfechas posiciones asumen el nuevo papel que la ética secularizada de su propia propaganda les asigna: ellos son ahora los "creadores de puestos de trabajo", los grandes benefactores de los miserables.

Cuando le cuento estas cosas al extraterrestre que vive conmigo, se sube a mi hombro y me conduce -creo que para consolarme un poco- hasta el ordenador más cercano. Allí, con sus puñitos golpea el teclado hasta que en la pantalla surgen las cifras y curvas de nuestros modelos favoritos, precios, empleo, tipo de interés...

"Anda, explícame -me dice- por qué bajan los tipos de interés?". Y yo le respondo: "Porque deciden que bajen". "Y, ¿por qué sube el dólar?", me pregunta. "Porque deciden que suba", le contesto. "Y el empleo -insiste- ¿cuándo se elevará el empleo?". "Cuando decidan que se eleve", le reitero.

"Bueno -me dice suave y cariñoso- pero estos modelos que hacemos son muy bonitos, ¿verdad?". Y yo, provocándole, continúo: "Y además son útiles, ¿no?".

"Claro -me dice encaminándose hacia su rama y pensando ya en otra cosa- es la manera en que dos miserables como nosotros, que ni pertenecemos a la corte del mandarín, ni tenemos necesidad de trabajar en los puentes, nos buscamos la vida".

David Anisi es profesor de Teoría Económica en la Universidad Autónoma de Madrid y autor de *La macroeconomía postkeynesiana y Trabajar con red*.